

# LA GEOPOLÍTICA DE JULES VERNE

## RUSIA, FRANCIA Y ASIA CENTRAL EN LA NOVELA

### *CLAUDIUS BOMBARNAC*

Antonio R. Rubio Plo

*Profesor de Relaciones Internacionales, UCM.*

#### **Introducción**

El centenario de la muerte de Jules Verne (1905) ha tenido bastante eco en Francia, su país natal, aunque el escritor nunca gozara allí del ambicionado reconocimiento oficial de ocupar un sillón de la Academia Francesa. Para algunos su nombre sigue estando asociado a los clásicos de la literatura juvenil, un tipo de libros para ser saboreados en una determinada etapa de la vida y que al llegar la madurez están condenados a caer en el olvido, una vez superadas ciertas ingenuidades de los primeros años. Sin embargo, hay quien sigue salvando la obra de Verne al asociarla a sus dotes de anticipación en el ámbito de la ciencia y la tecnología: el submarino, la aviación, los viajes espaciales, etc., figura 1.



## Fe en el progreso y Geopolítica

Es evidente que en su obra se mezcla la fe en el progreso técnico, aunque esta creencia se debilitaría a través del tiempo, con el heroísmo y la fuerza de la voluntad de los hombres. Las dificultades puestas por la naturaleza o la maldad de algunos seres humanos son siempre superadas por los protagonistas de sus novelas, tras un sinfín de peripecias y situaciones de riesgo, en las que no se excluye el sentido del humor ni, por supuesto, las más prolijas descripciones científicas. Mas no debemos olvidar que los escritores son hijos tanto de su tiempo como de su país. Por encima de los hechos narrados, son capaces de ofrecer una visión del mundo que influya en las disposiciones de sus lectores. De la lectura de su producción se puede deducir cómo impregnó los años juveniles de Verne el socialismo utópico francés: aquellas comunidades ideales de Fourier o Cabet, que no llegaron a arraigar en ninguna parte y que se autodestruyeron al compás de la convivencia diaria. Acaso su identificación con los catecismos positivistas, llevó a Verne en su madurez a inscribirse en la lista de la candidatura radical socialista para la alcaldía de Amiens. Era, en muchas cosas, un hijo de aquella Tercera República francesa que hacía del laicismo y de la confianza sin límites en el progreso sus señas de identidad. No perdamos de vista, sin embargo, que aquellos republicanismos virtuosos y cívicos de políticos como Jules Ferry y Léon Gambetta no eran ni mucho menos incompatibles con una *realpolitik* exterior, enfrentada con Gran Bretaña en la carrera colonial y que pretendía escapar en Europa de la telaraña diplomática tejida durante años por el canciller Bismarck para aislar a Francia.

Verne no era indiferente a la posición de su país en Europa y en el mundo. Lo demostraba con su continuo interés por la Geografía, algunas veces contemplada con sus propios ojos, aunque en la mayoría de las ocasiones construida con ayuda de atlas y enciclopedias. Estaba en condiciones de abordar cuestiones de Geopolítica aunque ese término, que considera al Estado como un organismo geográfico, no lo acuñara el profesor sueco Rudolf Kjell hasta 1900. En cualquier caso, los intereses del Estado francés en determinados espacios geográficos están latentes en algunas novelas de Jules Verne, como es el caso de *Claudius Bombarnac*, publicada en noviembre de 1892, figura 2.

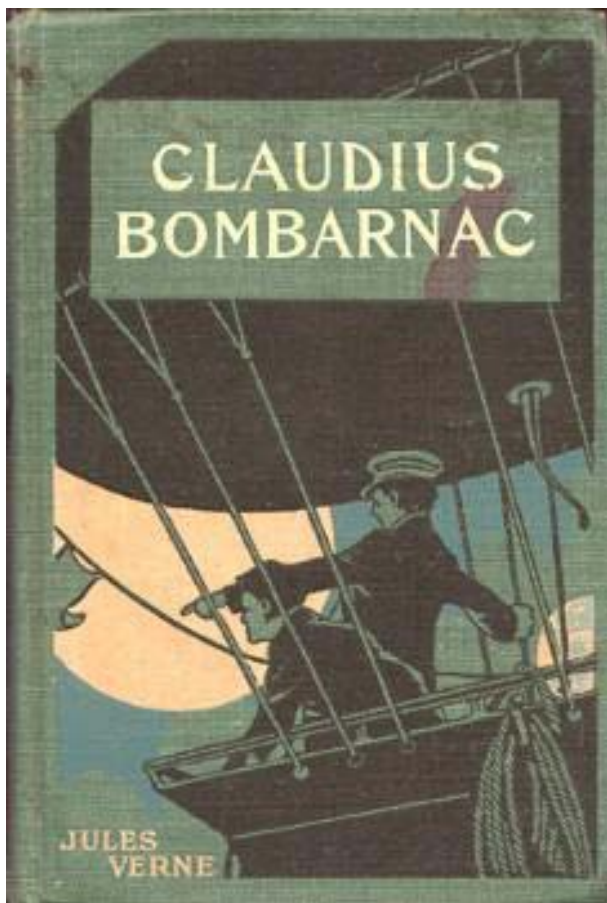


Figura 2, Portada de “Claudius Bombarnac”

La obra tiene por escenario el Cáucaso y el Asia Central por medio de un viaje por ferrocarril que llega desde Tblissi, la capital de Georgia, hasta la mismísima Pekín, con paréntesis obligado para la navegación en el mar Caspio. Bombarnac es un arriesgado periodista del diario *El siglo XX*, otra muestra más de confianza ilimitada en el progreso. Como pasajero de primera clase en los ferrocarriles transasiático y transcaucásico, el reportero deberá enviar a París por correo o telégrafo “impresiones, crónicas, entrevistas personales con personajes distinguidos, incidentes, etc.”. El recorrido de 6.000 kilómetros se presenta monótono aunque Bombarnac tiene siempre la oportunidad de analizar a sus compañeros de viaje de diferentes nacionalidades: americanos, alemanes, británicos, franceses, rumanos, y por supuesto, rusos y chinos. Además tendrá ocasión de describir someramente las ciudades en las que va haciendo escala el tren: Tblissi, Asjabad, Bujara, Tashkent, Samarcanda, etc., con su mosaico de etnias y su historia reciente, marcada por la conquista rusa del Turquestán. A Bombarnac sólo lo saca de la aparente monotonía la llegada de un vagón blindado con destino a Pekín. A diferencia de otros argumentos al uso, en el vagón no se contiene el cuerpo de ningún mandarín que vuelve a su país. Contiene en realidad un tesoro enviado por el emperador de Persia al de China, y que

Faruskiar, el administrador del ferrocarril, está encargado de custodiar. En principio, lo defiende del ataque de unos bandidos en territorio chino, aunque en realidad Faruskiar se propone apoderarse del cargamento tras simular un accidente del tren. Lo evitará en último extremo un joven rumano llamado Kino que viaja de polizón para reunirse con su novia en Pekín. Llegamos así a un final feliz en el que Kino ve reconocido su valor, gracias al testimonio de los pasajeros, y Bombarnac regresa a París para escribir una extensa crónica para los lectores de *El siglo XX*.

### **De las inquietudes de Mackinder a la rusofilia francesa**

El interés de Verne por las tierras centrales de la masa continental euroasiática es un poco anterior a la teoría del *heartland*, todo un clásico del pensamiento geopolítico y que había sido expuesta por el británico Halford J. Mackinder en 1904. Pero si el estratega y catedrático de Cambridge hubiera leído la novela de Verne, se habría confirmado una vez más en sus postulados y temores. En ese relato de aventuras, salpicado de las habituales referencias geográficas e históricas del autor, somos testigos de la consolidación del avance ruso en las estepas centroasiáticas, algo preocupante para una Gran Bretaña que lo contemplaba con recelo desde sus posiciones en el subcontinente indostánico. Los ferrocarriles rusos, descritos en *Claudius Bombarnac*, no representaban para Londres una versión asiática de la epopeya del Oeste americano, en el que los indios de las praderas habían sido sustituidas por uzbekos, tayikos o turcomanos. Antes bien, eran un peón más en el “Gran Juego” que enfrentaba a británicos y rusos por el dominio de Asia. Quizás Rusia no consiguiera avanzar hacia Afganistán y el valle del Indo, pero en ese caso su dinámica expansiva –representada por el ferrocarril– le llevaba necesariamente hacia China. Si la debilidad de la dinastía manchú no hubiera labrado su propia ruina en los primeros años del siglo XX, habría sido inevitable algún tipo de entendimiento entre Moscú y Pekín, pese a los desiguales tratados fronterizos que amputaron territorios chinos en beneficio de Rusia. Esta idea está más o menos implícita en *Claudius Bombarnac*, novela en la que se podría reflexionar además sobre el papel a jugar por Francia en estos escenarios extraeuropeos. A título de ejemplo, los rusos abrieron poco después las regiones del Turquestán a expediciones científicas francesas, como la encabezada, entre los años 1894 y 1897, por Jean Chaffanjon, un experto en lo que entonces se llamaba “historia natural”, aunque comprendiera aspectos tan dispares como la Geografía, la Arqueología, la Antropología, la Etnografía o la Zoología. Por cierto, Chaffanjon era un gran admirador de Verne y reconoció haber leído, antes de su

expedición, las dos novelas “rusas” del escritor francés: *Michel Strogoff* y *Claudius Bombarnac*.

Por lo demás, la aparición de las aventuras del reportero Bombarnac coincidió con una atmósfera de rusofilia que pronto vivirían los franceses. El año 1892 marcó el momento del acuerdo franco-ruso, embrión de una alianza que permitía a ambos países salir del aislamiento al que les sometieran Alemania o Gran Bretaña, bien fuera en Europa o en los escenarios de la carrera colonial. Al año siguiente, unidades de la flota rusa hicieron una visita a puertos franceses, y con ella vinieron las crónicas de las recepciones, los banquetes o incluso de las ceremonias religiosas, un tanto llamativas para un régimen republicano. León Tolstoi, eterna voz discordante de la Rusia zarista, escribiría poco después *El espíritu cristiano y el patriotismo*, breve ensayo en el que cuestionaba el triunfalismo, salpicado de frecuentes referencias a la paz en Europa, que informaba a las diplomacias francesa y rusa. Tolstoi se daba perfecta cuenta de que se estaba buscando un contrapeso a la hegemonía de británicos y alemanes. Su pacifismo, precursor del de Gandhi, le hacía intuir que tarde o temprano, Rusia se vería arrastrada hacia una guerra, mucho peor que la de Crimea, vivida por el escritor en su juventud.



**Halford Mackinder**

## Caricaturas anglosajonas y epopeyas rusas

El mosaico de nacionalidades, que suele decorar las novelas de Verne, tiene en *Claudius Bombarnac* marcados rasgos caricaturescos. No falta el alemán, el barón Weisschnitzerdörfer, ridículo tanto en sus tópicas actitudes reglamentaristas como en su largo apellido. Más sorprendente es la visión del norteamericano Fulk Ephrinell, prototipo del yanqui que “cuando tiene un dólar entre los dientes, es difícil arrancárselo”. No es más que un vendedor de dentaduras postizas, sólo preocupado de las cajas de su preciada carga que quiere colocar en el mercado chino. Todo un contraste con los héroes yanquis de las novelas de Verne como el esforzado ingeniero Cyrus Smith de *La isla misteriosa* o James Burbank, el hacendado antiesclavista de Florida de *Norte contra Sur*. Esta última novela está escrita cinco años antes de la aparición del periplo asiático de Bombarnac, y acaso con ella su autor pretendía borrar el recuerdo de *Los burladores del bloqueo*, un relato de los inicios de su carrera protagonizado por héroes confederados que sufrían toda clase de penurias tras el bloqueo nordista del puerto de Charleston en 1862. En cualquier caso, esta novela primeriza parece responder al ambiente antiyanqui que sacudió la Francia de Napoleón III. El propio emperador recibió en Vichy a Slidell, un enviado de la Confederación, aunque no comprometió ningún tipo de ayuda, pese a que las tropas francesas estaban relativamente cerca: eran los años de la intervención en México para instalar en un trono a Maximiliano de Habsburgo frente a Benito Juárez. Toda una flagrante violación de la doctrina Monroe, que excluía a las potencias europeas del continente americano, y que el Norte vencedor no olvidaría al apoyar al bando de Juárez. Este es uno de los varios ejemplos de los desencuentros históricos entre París y Washington.

El yanqui Ephrinell oscila entre lo ridículo y lo pintoresco en la visión de Verne, pero el británico sir Francis Trevyllan sólo puede despertar antipatía entre los lectores, al ser presentado bajo los rasgos de un desdeñoso *gentleman* inglés que desprecia todo lo que no entiende. Las esporádicas apariciones de Trevyllan sólo sirven para remarcar el egoísmo y la cortedad de miras de Gran Bretaña, enemiga del progreso, pues se niega a enlazar los ferrocarriles de la India con los del Turquestán ruso, lo que hubiera podido conseguirse con la construcción de dos ramales de ferrocarril no demasiado extensos. Según Bombarnac, Calcuta quedaría a 12 días de Londres. Es esta negativa británica la que ha llevado a los rusos a prolongar sus líneas férreas hasta Pekín. En este contexto, se inscribe la epopeya del general ruso, Amenoff, que hizo avanzar a sus soldados por las

tierras centroasiáticas con el trazado diario de 8 kilómetros de vía. Para Bombarnac, ni siquiera el *Union Pacific* americano se puede comparar con una obra de ingeniería semejante. El periodista anuncia además al lector la inminente construcción del Transiberiano. Esta Rusia, conquistadora de Asia por medio del silbido de las locomotoras, inquietaría la visión geopolítica de Mackinder: el surgimiento de infraestructuras en Asia Central supondría la pronta explotación de sus inmensos recursos naturales. Estos recursos serían indispensables para hacer frente al poder marítimo de las potencias anglosajonas; harían posible la aparición de una fuerza naval capaz de competir con ellas, y que no sería otra que la rusa. El peligro mayor se daría, según el estratega británico, si Alemania se uniese a los rusos. Mas en la época de la novela de Verne, este temor estaba descartado, pues el kaiser Guillermo II, que no debía conocer la fuerza de los intereses nacionales sobre los discursos ideológicos, consideraba inaudita una alianza entre la Francia republicana y la Rusia zarista. Bien podía su diplomacia, rompedora de moldes frente a la de Bismack, prescindir del entendimiento con los rusos. Se dice que Guillermo II adoraba las novelas de Verne, mas debió de quedarse con el mero relato de las aventuras y las descripciones técnicas. Habría aprendido algo de Geopolítica si hubiera leído *Claudius Bombarnac*.

### **La Geopolítica de los ferrocarriles**

Es también llamativo el profético elogio de la raza amarilla que hace el autor en el capítulo octavo de la obra, “inteligente y muy apta para el progreso industrial”. Alaba su capacidad de asimilación del progreso técnico y no se priva de decir que un día será la dueña del mundo, después de la raza eslava. A Verne no parece inquietarle el llamado “peligro amarillo”, que, por cierto, solía alimentar alguno de los discursos de Guillermo II. ¿Veía en Rusia a la gran potencia euroasiática capaz de enfrentarse a alemanes y anglosajones? La rusofilia desprendida por la novela lleva a concluir que Rusia tiene que ser el aliado natural de Francia, por encima de las diferencias entre regímenes políticos. Mas la geopolítica francesa no se limita a la metrópoli europea en este gran tablero mundial. En aquella época de expansión colonial, su continuidad natural está al otro lado del Mediterráneo, en el continente africano, empezando por Argelia, vista como una prolongación de la propia Francia. De ahí que Bombarnac se refiera a un ferrocarril transafricano que atravesase las colonias francesas del continente negro. En su visión geopolítica –o geoeconómica- de los ferrocarriles, es indispensable la conexión ruso-francesa. Primero, habría que enlazar el transasiático ruso con las líneas férreas de Rusia, Turquía, Italia, Francia y España. Esto implica que ni siquiera el estrecho de

Gibraltar ha de ser un obstáculo, pues debería construirse un túnel submarino de 15 kilómetros. Bombarnac insiste en que Gran Bretaña ha perdido una magnífica oportunidad, al rechazar su Parlamento el trazado de un túnel entre Calais y Dover. El periodista asegura taxativamente que nada podrán hacer los británicos para evitar la construcción del enlace de Gibraltar, lo que supondría un grave contratiempo para el secular asentamiento inglés en el peñón. No lo asegura el personaje de Verne mas implícitamente esto supone aceptar que España toma partido por Francia en su rivalidad con Gran Bretaña, lo cual se daría por descontado teniendo en cuenta tanto los precedentes históricos, como la cuestión de Gibraltar. Entra, por tanto, España en la zona francesa de influencia y todo apunta a que tendría que producirse algún entendimiento de París y Madrid en Marruecos si quería llevarse a cabo la construcción del túnel. El establecimiento del protectorado franco-español en el país norteafricano, confirmado en la conferencia de Algeciras (1906), servirá para corroborar el cumplimiento de este objetivo de la diplomacia gala, aunque no se realizara esa colosal obra de ingeniería, aunque en el siglo XXI quizás podamos verla.

Llama asimismo la atención que Bombarnac incluya en su estrategia a los ferrocarriles italianos, lo que supondría evidentemente que Italia se inclinará por Francia en aquel período de la “paz armada” que precedió a la Primera Guerra Mundial. Verne intuye que, a pesar de sus diferencias sobre Túnez, los dos países mediterráneos acabarán entendiéndose y que Roma se distanciará de la Triple Alianza, tratado firmado en 1882 junto a Alemania y Austria. Era obvio que así sería porque las reivindicaciones italianas sobre territorios austriacos como el Tirol del sur o las propias ambiciones de Roma sobre los Balcanes, aconsejarían a Italia a unirse al bando de las potencias aliadas en el año 1915. Habría, no obstante, un punto débil en las entusiastas afirmaciones de Bombarnac sobre los ferrocarriles euroasiáticos, uno de los hitos de la alianza franco-rusa: Turquía y la región balcánica no eran necesariamente favorables al plan. En Bosnia-Herzegovina estaban los austriacos, aliados de los alemanes, y en 1908 Viena se anexionó este territorio que nominalmente figuraba bajo soberanía turca. Respecto a los turcos, se asistirá desde finales de la década de 1890 a una progresiva aproximación a la Alemania de Guillermo II, traducido, entre otros aspectos, en el ferrocarril Berlín-Bagdad.



Pero las dificultades del raíl franco-ruso en tierras balcánicas, en las que también subyace la ambición secular de Rusia de apoderarse de Constantinopla y que responde a la lógica del mito que la presenta como continuadora de Bizancio, se ven compensadas por la supuesta armonía entre rusos y chinos, a la que se refiere Bombarnac. Las sucesivas humillaciones británicas a la China imperial a lo largo del siglo XIX guerra del opio, destrucción del palacio de verano de Pekín- harán, tal y como se expresa en la novela, que los chinos den la bienvenida a los rusos antes que a los británicos. En esas circunstancias, y si nos olvidamos del escollo de los Balcanes, los rusos –y de paso, los chinos- pueden llegar a soñar con un continente asiático unido con Europa por ferrocarril, pero en el que la India británica quedaría aislada. El francés Bombarnac no puede evitar hacer un brindis por Rusia y China (capítulo décimo segundo), y no es extraño que el antipático sir Francis Trevellyan abandone bruscamente la mesa. El idealismo optimista del joven reportero llega incluso a ver en los ferrocarriles –aunque no tanto en los británicos- el triunfo de la civilización europea. Está claro que no tiene dudas de que Rusia es parte de ella, y llega incluso a pontificar que esa civilización, impulsada por los ferrocarriles, hará desaparecer los odios entre los pueblos de Asia Central: no existirán los parias como en la India. La nueva era que se anuncia se resume en estas palabras de filiación más o menos socialista:

“Los ferrocarriles terminarán por hacer semejantes a los países que recorren y esto significará la igualdad, y acaso la fraternidad.”

Un ejemplo más de la conciliación de los intereses de Estado con principios ideológicos. Quien pudiera contemplar los cuadros del pintor ruso Vasily Vereshchagin, en los que aparece la conquista del Turquestán en toda su crudeza, no estaría de acuerdo con esta declaración de buenas intenciones que pone Verne en boca de Bombarnac. Las casi fotográficas escenas de batalla del pintor mostraban la violencia en toda su crudeza, bien fuera de los soldados rusos o de sus adversarios asiáticos. Una exposición de 1874 en San Petersburgo mostró al público ruso las dudas de un artista que terminó por cuestionar la “misión civilizadora” de su país. Los cuadros, que habían recorrido diversas ciudades europeas, despertaron protestas en círculos nacionalistas y culminaron con el exilio del pintor. Años más tarde, un Guillermo II, nada sospechoso de inclinaciones pacifistas, reconocía en Berlín ante el propio Vereshchagin que aquellos cuadros eran un excelente antídoto contra la guerra.

### **Los sueños asiáticos de Rusia**

Sin embargo, con la conquista rusa de Asia Central parecían hacerse realidad las observaciones que hiciera Dostoievski en *Diario de un escritor*: Asia era la América que los rusos aún no habían descubierto. Representaba incluso la manera de que los rusos no perdieran su independencia espiritual, una forma de demostrar a los desdeñosos europeos occidentales que Rusia no era un país de bárbaros, heredero de Gengis Khan y la “horda de oro”. La conquistadora asiática representaba el progreso europeo, el triunfo de la civilización. Pensaba, sin duda, el escritor que si Rusia se convertía en una potencia euroasiática, podría competir con las naciones occidentales, especialmente con Gran Bretaña demasiado cegada por el progreso material. En *Claudius Bombarnac*, Verne da acogida a las ambiciones euroasiáticas de Rusia, pero poco tiempo después, en 1904, la derrota frente a Japón despertaría a los rusos de su sueño de ser la primera potencia de Asia.

Rusia se volvía hacia Asia porque los imperios alemán, austriaco y británico habían contribuido a aislarla de Europa, y como Francia se encontraba desplazada por la diplomacia bismarckiana, se hacía forzoso un entendimiento entre París y San Petersburgo, y se dejaba atrás la invasión napoleónica o la guerra de Crimea. La alianza franco-rusa respondía además a la tradicional francofilia de las clases aristocráticas, que habían hecho de Francia su diosa, y de París su reino de los cielos, en expresiones del propio Dostoievski. Por lo demás, las conversaciones de Bombarnac con el mayor Noltitz se inscriben en esa corriente de francofilia, sobre todo cuando el militar ruso se autodefine como un parisién de San Petersburgo. Jules Verne demostró ser fiel a esa tradición francesa, que se remontaría al siglo XVIII, de dejarse fascinar por la “Rusia eterna”. Algunos apreciaban en sus gobernantes una compatible combinación entre despotismo y volterianismo, en la línea de Pedro el Grande. Luego, tras el giro histórico de 1917, otros franceses verían en la Rusia soviética a la heredera de la Revolución Francesa y de la Comuna de París. Por su parte, De Gaulle continuaba buscando la “Rusia eterna” por medio del pacto franco-soviético de alianza y asistencia mutua (10 de diciembre de 1944). El general se veía marginado del elenco de las potencias vencedoras por los anglosajones. Una forma de salir de ese aislamiento era suscribir un pacto con Stalin, sin tener en cuenta consideraciones ideológicas sino geoestratégicas y si fuera preciso, ésta era también una forma de adelantarse a una eventual recuperación de la Alemania vencida, para no repetir las mismas situaciones posteriores a la Primera Guerra Mundial. Los acontecimientos posteriores, con la división de Europa en dos mitades o la aparición de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), pondrían de manifiesto que no

se podía dar tan pronto por enterrada la historia de las ideas políticas en beneficio de la historia diplomática. Con todo, De Gaulle en 1966 se plantearía su viaje a Moscú no tanto como un viaje a la Unión de Repúblicas Socialistas Sovéticas sino a Rusia.

La Francia de hoy sigue siendo un socio privilegiado de Rusia en sus relaciones con Europa. Tal y como señala Hélène Carrère d'Encausse, Moscú busca un estatuto privilegiado en sus relaciones con la Unión Europea, sin estar sometida a las exigencias e imperativos europeos que se derivarían de una eventual pertenencia a la Unión, lo que, por otra parte, nadie se plantea, pese a que la gran mayoría de los políticos europeos afirmen la europeidad de Rusia. En caso de no alcanzar una asociación estratégica con Europa, Rusia parece inclinada a volverse hacia Asia, aunque el término “euroasiático”, tan frecuente en la década de 1920, ha desaparecido del discurso oficial. La expansión de la OTAN o las inclinaciones europeas de Ucrania o Georgia alimentarían esta tendencia. Se explican así el surgimiento en 2002 de la Comunidad Económica Euroasiática, compuesta por Bielorrusia, Kazajistán, Kirguizistán y Tayikistán; o la reciente admisión de Rusia en la Organización para la Cooperación Centroasiática, formada por Kirguizistán, Kazajistán, Tadyikistán y Uzbekistán. Las relaciones con China también han mejorado, tras el tratado de amistad firmado en 2001, y Rusia forma parte asimismo de la Organización de Cooperación de Shanghai, en la que convive China con los países centroasiáticos. Lo que juega en contra de los rusos es el descenso de su demografía frente a la china que podría llegar a los 1600 millones de habitantes en el año 2050.

## **Conclusiones**

¿Más Europa o más Asia? En *Claudius Bombarnac*, la opción rusa era claramente asiática forzada por las circunstancias del aislamiento europeo. Jules Verne presentaba a una Francia dispuesta a acudir en ayuda de la “Rusia eterna”, por muy asiática que ésta se mostrara, y esa política daría sus resultados con la Triple Entente de 1907 (Francia, Rusia y Gran Bretaña), aunque la revolución bolchevique cortarían estas expectativas. La diplomacia francesa sigue insistiendo hoy en el acercamiento a Rusia, incluso con iniciativas bilaterales tan llamativas como el Consejo de Seguridad franco-ruso para la cooperación, establecido en julio de 2002, y que institucionaliza reuniones periódicas entre ministros de asuntos exteriores y de defensa para la búsqueda de posiciones comunes. La rusofilia de Verne habría quedado ampliamente satisfecha.

## BIBLIOGRAFÍA

CARRERE D'ENCAUSSE, H.: "La Russie, entre Europe et Asie" (10-6-2004), [http://www.leforum.de/artman/publish/printer\\_189.shtml](http://www.leforum.de/artman/publish/printer_189.shtml)

DEKISS, J.-P.: *Jules Verne. Le rêve du progrès*, Découvertes-Gallimard, París, 1991.

FIGES, O.: *Nastasha's Dance. A Cultural History of Russia*, Penguin Books, Londres, 2002.

MACKINDER, H.J.: *Democratic Ideals and Reality*, W. W. Norton & Company, Nueva York 1962.

VERNE, J.: *Claudius Bombarnac*, Obras, Vol. IV, Plaza y Janés, Barcelona, 1970.